

ALGUNOS quisieran enfrentarnos con el episcopado, porque queremos seguir literalmente las normas conciliares, sin dilación ni retraso. Como si cupiera —en quien desea acoplarse al Concilio— ninguna postura «anti», y menos contra una parte de la Iglesia, que es la Jerarquía.

Pero, en nuestro país, desgraciadamente, las cosas son así: el apasionamiento no cesa entre nosotros.

Algunos incluso piensan, equivocadamente, que tenemos el oculto propósito de demoler totalmente la Iglesia, para construir un imposible ideal sobre sus ruinas.

No obstante, este juicio contra el ala progresiva del catolicismo español está desprovisto de todo fundamento.

Nada mejor que comentar —por extenso— el oportuno discurso del Nuncio, Monseñor Riberi, que acaba de pronunciar en la Catedral de Murcia, para que así se comprenda bien cómo, pueblo y pastores, seglares que escriben y obispos que presiden la comunidad, podemos y debemos cooperar —aun con fricciones y tensiones que son humanas, y que no tienen la trágica importancia que se quiere explotar por algunos— a una meta común: la inspiración de todo en el amor que descubrió el cristianismo, como esencia de lo religioso.

HASTA venir esta religión, ninguna otra había puesto como centro de su enseñanza, y como esencia misma de ella, el amor desprendido, profundo y universal. Hasta entonces sólo el budismo se había acercado a esta idea; pero muy defectuosamente.

Esta última concepción de la vida, nacida en la India, era más una filosofía práctica, que una religión. Trataba de dar felicidad relativa, a través de la conformidad y tolerancia, a unos hombres que vivían en un profundo estado de alienación humana, del cual era difícil salir en aquellos atrasados siglos.

En cambio, el cristianismo fue algo mucho más profundo y drástico: resultó ser el germen de toda auténtica transformación radical de las estructuras de la sociedad. La lástima es que, unas veces los que estaban fuera del recinto visible de la Iglesia —pero habían vivido las esencias del cristianismo— resultaron quienes mejor comprendieron estas reformas justas —como, por ejemplo, diversos movimientos sociales del pasado siglo—, y en otras ocasiones la lucha por la justicia social, llevada a cabo por auténticos católicos —como pasa muchas veces ahora—, tropieza con el obstáculo de tantos y tantos hombres que llevan ese marchamo oficial, y forman parte de los bien «situados», que no están dispuestos a cambiar ni ceder de su privilegiada posición.

Por eso es un contrasentido —como hacen algunos críticos nuestros— pensar negativamente de lo que ocurre en las filas católicas, bien sea entre militantes de apostolado, o dirigentes de Acción Católica, o escritores católicos declarados, quienes lo que quieren es llevar a cabo con toda sinceridad el Concilio, y la renovación que la Iglesia necesita en sus aspectos humanos, los cuales estaban desarrollados en exceso desgraciadamente.

Estos «pioneros» de la renovación católica española podrán equivocarse algunas veces —como todo mortal—; pero han dado constante ejemplo de dedicación y amor a la comunidad de fieles y pastores, que llamamos Iglesia; y nadie debía pensar de ellos lo que —reflexionado serenamente— resulta incongruente.

ALGUNOS llegan a protestar de que, en público, se hable de los defectos humanos de la Iglesia, y dicen que bien está que en la Edad Media —donde la fe brillaba en el pueblo— se hiciera esto; pero no ahora.

Aparte del desprecio que esto supone a la buena fe del pueblo actual, el razonamiento es absurdo: ¿no es hoy, precisamente, cuando todo el mundo —y los Papas también— quieren una opinión pública más desarrollada? ¿No es éste el único momento en la Historia que —a causa del desarrollo de los medios de información— lo que antes estaba oculto, hoy ya no lo está? ¿Qué es mejor entonces, que la crítica esté en boca de quienes no quieren con profundo amor a la Iglesia, con lo cual el perjuicio sería mucho más grave; o como es más lógico, que la crítica sea llevada por quienes la aman de veras?

Estamos viendo en el mundo de hoy cómo se hacen críticas verdaderamente amargas y poco amantes, porque salen de aquellos que, o no son católicos o no están luchando verdaderamente por una purificación de la Iglesia; sino por afán de escándalo. Pero esto no ocurre en el mundo actual sólo entre los hombres avanzados, sino también —y preferentemente— entre los más retrógrados. Refiriéndonos a los católicos creo que, en España, a ninguno de ellos, con dedicación apostólica y que han escrito haciendo críticas progresivas, se le puede atribuir —en general— que haya procedido por amargura, o por anticlericalismo negativo, aplicándoles equivocadamente los comentarios del Nuncio.

Han luchado, eso sí, con «un secreto desseo, un hambre misteriosa de poder estar cerca del Obispo, de llegar a él, de que sea él quien oriente, quien apoye, quien bendiga iniciativas, quien empuje la rueda de la in-

NUEVOS OBISPOS

por ENRIQUE MIRET MAGDALENA

quietud y de la búsqueda», como dijo Monseñor Riberi en la homilía que predicó con motivo de la consagración del nuevo Obispo de Murcia, mi buen amigo, el sereno, culto y humano Miguel Roca. Si a alguno le parece que en ellos ha habido alguna amargura, que desechen ese pensamiento como una mala tentación diabólica, pues sí, en lo exterior, erróneamente pudo parecerlo, nunca lo fue en lo interior.

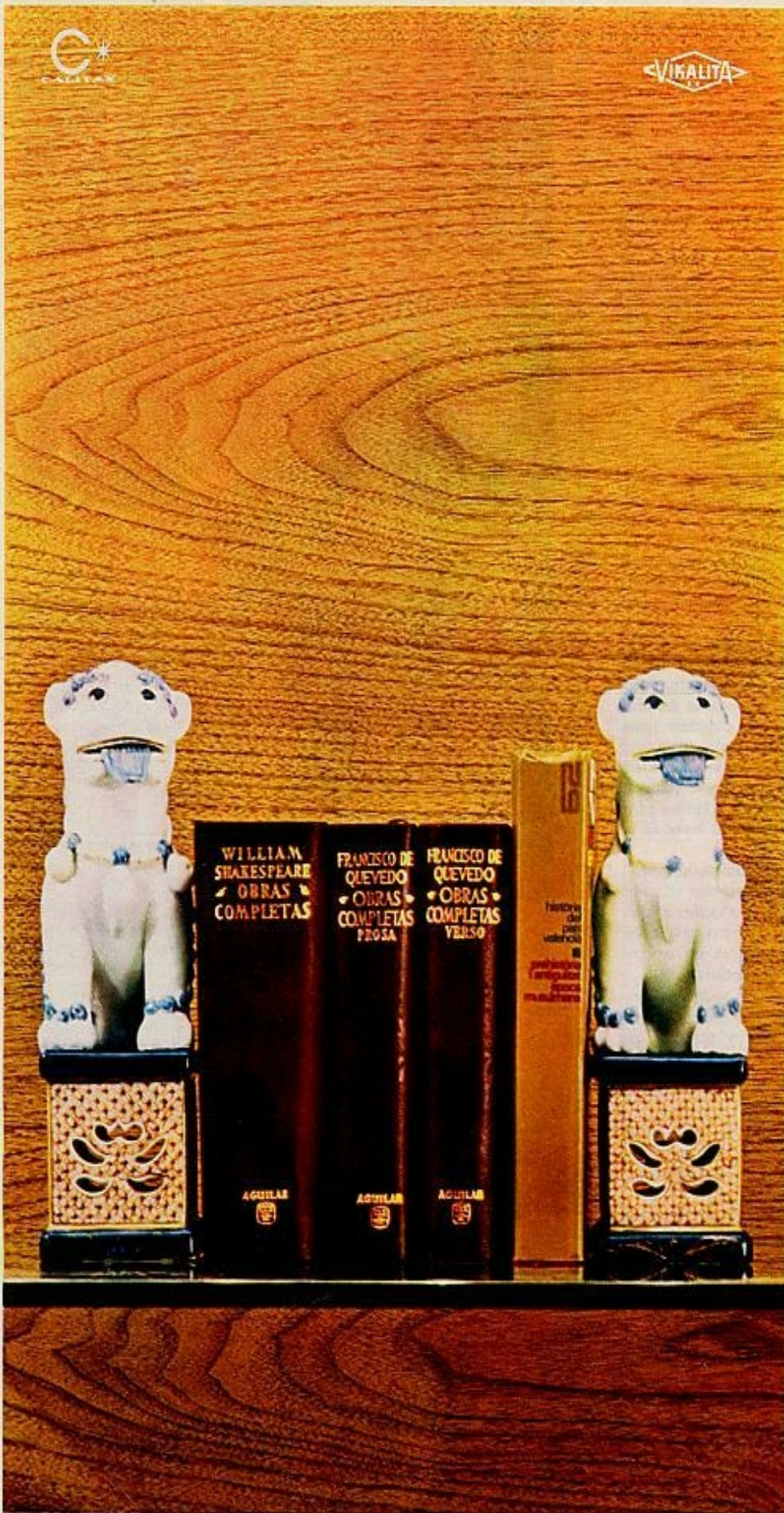
LA semejanza que hizo el Nuncio del obispo posconciliar no se refiere a edades ni tendencias, sino a esa disposición —que tanto ha inculcado el Concilio— a escuchar los signos de los tiempos, para que se realice la reforma completa *en la cabeza y en los miembros*, que era el cometido que siempre se propusieron los Concilios de la Iglesia. Obispos y fieles queremos con su mentalidad «renovada», «convertida», ya que el cambio que supone la conversión en un cristiano ha de ser de todos los días, sin pararse jamás en un complaciente auto-conformismo, lo mismo sea dirigente que dirigido.

«Hoy más que nunca se habla de la Iglesia y, concretamente, del Obispo... Se habla, se opina, se discute; opiniones y discusiones que nacen de un sano deseo de ver en el Obispo la expresión plena del Evangelio: sencillez pastoral y presencia activa entre los hombres». Eso es lo que todos queremos: sencillez, realismo y contacto con los hombres de la calle, allí donde no exista suficientemente. Y ¿quién podría creer que ha llegado a la perfección en esto?

Y, por otro lado, ¿será el mejor medio que los fieles callen y esperen pasivamente, para alcanzar más perfección este ideal? Si no se hubiera hablado ya de ello —aquí y fuera de nuestras fronteras—, ¿cómo hubieran podido los pastores darse cuenta de este clamor popular?

Las costumbres demasiado tradicionales en lo humano; el afán de muchos, en el entorno del Obispo, de ocultar la realidad desagradable; la existencia de múltiples ocupaciones de trámite, han impedido sin duda a algunos jerarcas, y en general a todos algunas veces, superar del todo lo que ya no tiene vigencia. Por eso «ha sonado la hora de los fieles, conscientes de que son la Iglesia», y debemos laborar por conseguir —con amor, respeto y sinceridad— «una auténtica renovación conciliar». Para ello los Obispos han de saber —sin temor alguno— que pueden contar con «una colaboración estrecha, filial, fraterna» de todos nosotros, como pide Monseñor Riberi. Porque debíamos recordar, unos y otros, lo que nos dice a los fieles este buen prelado: «El Obispo no es nada sin vosotros». Y eso entraña una responsabilidad mutua, que es característica de la madurez de nuestros tiempos.

HE dado una conferencia y he mantenido después un largo coloquio con un grupo de 120 jóvenes —maestras y universitarias preferentemente— provenientes de toda España, varias de las cuales están preparándose para cátedras ambulantes en los pueblos de España. El tema era el posconcilio, y todas las preguntas que me hicieron iban más allá de cualquiera de las cosas que aquí digo. Me hacían cuestión, por ejemplo,



NADA DEJA HUELLA SOBRE

RAILITE[®]

LAMINADO PLASTICO DECORATIVO

una perfecta superficie, que hace posible estrenar los muebles cada día

NUEVOS OBISPOS

de cómo no se ha realizado todavía en nuestro país una amplia libertad religiosa; del nombramiento de Obispos sin intervención de la autoridad civil, como pide el Vaticano II; de las relaciones *Estado-Iglesia*, que ellas quieren en el mundo de hoy más independientes y sin confusiones; de la educación respetando la religión, o arreligión, de los padres; de las propiedades eclesiásticas (excesivas como en algún caso público), y tantos otros temas que hoy son del dominio público. Yo, al escuchar aquello, pensaba sorprendido la verdad del adagio: *Vox populi, vox Dei*.

Por eso me vuelvo a preguntar: ¿Es el mejor camino callar acerca de todo ello? ¿O defender lo indefendible, polemizando con apologías que convencen a medias, porque ocultan la mitad desagradable de la verdad?

Todos tratamos —como dice Monseñor Riberi— de que el Obispo se proponga seriamente «no perder el tren de nuestra hora», y que no cierre los ojos a las realidades nuevas. Ni en la Iglesia se convierta nadie, como con descarnada frase dice el Nuncio, «en fósiles, cuando nuestra vocación es a la vida, al desarrollo, a la fecundidad, a la aventura, al riesgo, a la esperanza». Pero esto no es acusar a nadie en particular, sino describir un ideal todos debemos cumplir —aquí y fuera de aquí—.

Pero, desgraciadamente, «aunque en teoría se acepta el pensamiento de Pio XII sobre la opinión pública en Iglesia, el que se permitan ciertas críticas de la Iglesia, encuentra en algunos ciertas reticencias», como afirmó el cardenal Léger hace poco.

DSTO es también lo que espera, sobre todo, esa que se llama la «nueva generación». Generación nueva porque quiere vivir el catolicismo con unas características que —en parte— no tenía hace unos años. Lo quiere vivir como es ella, y no como la vivieron los hombres de otros tiempos.

«A la lucha se prefiere hoy el diálogo». No queremos —contra lo que algunos piensan— oponernos a nuestros Obispos; sino dialogar constantemente con ellos, en ese diálogo de amistad fraternal que debe reinar entre todos en la Iglesia, sin olvidar ciertamente nosotros que presiden nuestra comunidad, que es comunidad de fe y de amor.

«Al paternalismo, la justicia social». Panaceas únicamente morales, y recetas para andar por casa, no tienen ya audiencia en el mundo socialmente inquieto de hoy. Es preciso que al conformismo y la pasiva aceptación se responda con un insistente deseo de justicia.

«A las fórmulas intransigentes, la nueva libertad del Evangelio». Que veamos, en todo, al Estado y a la Iglesia más libres el uno del otro, porque eso será para bien de ambos, y que «los padres puedan escoger con libertad absoluta, según su propia conciencia, las escuelas para sus hijos». (Declaración conciliar sobre la Educación.)

«Al exclusivismo, el ecumenismo». Que este gran movimiento hacia la unidad cristiana no sufra entre nosotros tanto retraso y tantos temores, y que corresponda más a la realidad del trabajo ecuménico que algunos han llevado a cabo en España. No nos basta un prudente afán de cumplir jurídicamente con unas normas de la Iglesia.

«Al conformismo, la aventura». No queremos ya más esperas, ni más complacencias que, en parte, todo lo diluyen y anulan. Nuestro camino es la cooperación de todos los hombres de la comunidad católica —jerarcas y fieles— «olvidando viejos prejuicios y viejas fórmulas enmohecidas».

Este es el comentario que me sugiere —y de ello me hago único responsable— el sermón de Monseñor Riberi, este excelente prelado injustamente combatido por anónimos que le atacan por lo mucho que le debemos los católicos españoles, deseosos —en general— de ver avanzar la legítima reforma de la Iglesia.

Como el Papa ha dicho, recogiendo unas reflexiones del periódico *Le Croix* —porque Pablo VI es menos exagerado que estos católicos españoles que creen execrablemente progresista a este periódico—: «El Concilio lleva a cabo la función de motor en el pensamiento y en la vida, tanto de las personas como de las instituciones». Ese es el programa de colaboración que tenemos con nuestros Obispos, lleno de entrega, afecto y comprensión; animándonos unos a otros a la imprescindible renovación que la Iglesia necesita.

CARVIG para Solriza

mi hombre
tiene ese algo
tan... tan de hombre



La crema que simplifica el diario afeitado, modernizándolo y convirtiéndolo en un rápido placer.

CREMA DE AFEITAR KAMEL. Sin brocha y, aunque a Vd. no le interesa, sin dolor. Deja la cara impecable, suave y virilmente rasurada todo el día, con ese algo tan... tan de hombre.

crema de afeitar

kamel

para el sexo (muy) fuerte

SOLRIZA, S.A.

Es un producto de la serie KAMEL